

## **LA PREGUNTA** *Stanley Ellin*

--Traducción de Mario Arrubla--

Yo soy un electrocutador... Prefiero este término al de verdugo; pienso que las palabras hacen una diferencia. Cuando era niño, los que enterraban a los muertos eran sepultureros, luego con el paso del tiempo se convirtieron en empleados de pompas fúnebres, y eso es bueno para ellos.

Tomemos, por ejemplo, al sepulturero de mi pueblo. Era un hombre decente, respetable, muy amistoso cuando era tratado con comedimiento, pero muy pocos lo trataban así. Su hijo, en cambio –que actualmente está al frente del negocio– no es un sepulturero sino un director de pompas fúnebres, y goza del aprecio de todo el mundo; ocupa una posición importante en nuestra Logia y es uno de los miembros más populares que tenemos. Y todo lo que se necesitó fue el cambio de una palabra por otra. El oficio es el mismo pero la palabra es diferente, y la gente se rige por las palabras más bien que por el significado.

Así, como decía, soy un electrocutador –que es el término profesional apropiado en el estado en que resido, donde la silla eléctrica es el medio de ejecución.

No que esta sea mi profesión. En realidad, es algo subsidiario, como ocurre generalmente con los que hacemos ejecuciones. Mi verdadero oficio es manejar una tienda de artículos y reparaciones eléctricas, tal como mi padre hizo antes que yo. Cuando él murió heredé no sólo el negocio sino también el cargo de electrocutador del estado.

Mi padre y yo fundamos una tradición. Él manejaba provechosamente la tienda incluso antes del cambio de siglo cuando la electricidad era una cosa nueva, y fue el primero en hacer una electrocución para el estado. No fue la primera electrocución en el estado, sin embargo. La primera fue un experimento que salió mal principalmente por las fallas del ingeniero que instaló la silla en la prisión. Mi padre, que había ayudado a instalar la silla, sirvió como asistente en la electrocución, y me contó que todo lo que podía salir mal ese día salió de hecho mal. La corriente era irregular, el ingeniero por momentos pareció paralizarse ante el interruptor, y el hombre en la silla siguió vivo y pataleando al tiempo que se quemó casi hasta achicharrarse. La vez siguiente mi padre se ofreció para hacer el trabajo él solo; conectó la silla y manejó el interruptor con tal perfección que le dieron el puesto de electrocutador oficial.

Yo seguí sus pasos, que es como se funda una tradición, pero me temo que esta va a concluir conmigo. Tengo un hijo, y lo que yo le dije y lo que él me dijo son el quid del asunto. Me hizo una pregunta... bien, en mi opinión, es el tipo de pregunta que está en el fondo de la mayor parte de los problemas del mundo de hoy. Así como se dice de algún asunto que es mejor no meneallo, hay algunas preguntas que no deberían hacerse.

Para formarse una idea clara de todo esto, pienso que ustedes tendrían que entenderme a mí, y nada es más fácil. Tengo sesenta años, apenas ahora empiezo a representar mi edad, estoy un poco pasado de peso, sufro de dolores artríticos cuando el tiempo es húmedo. Soy un buen ciudadano, me quejo de los impuestos pero los pago cumplidamente, voto por la derecha y manejo mi negocio con la diligencia suficiente para asegurarme una vida cómoda.

He estado casado por treinta y cinco años y durante ese tiempo nunca he mirado a otra mujer. Bueno, tal vez mirado sí, pero no más que eso. Tengo una hija casada y una nieta de casi un año, el bebé más hermoso y simpático de la ciudad. La mimo y no me excuso por ello, porque pienso que para eso son los abuelos -para mimar y malcriar a sus nietos. Que el padre y la madre cumplan sus deberes; el abuelo está para gozar.

Y aparte de eso tengo un hijo que hace preguntas. El tipo de preguntas que no deben hacerse.

Háganse una imagen de todo ello, y tendrán a alguien parecido a ustedes. Yo podría ser el vecino de al lado, podría ser un viejo amigo, podría ser el tío que ustedes encuentran cada vez que la familia se reúne en una boda o en un funeral. Soy como ustedes.

Naturalmente, somos diferentes considerados exteriormente, pero aun así podemos reconocernos como gente de la misma índole. En lo más hondo, que es lo que cuenta, abrigamos los mismos sentimientos, y eso lo sabemos sin necesidad de hacer preguntas al respecto.

“Pero”, podrían decir ustedes, “hay una diferencia entre nosotros. Usted es el que hace las ejecuciones, y nosotros somos los que leemos sobre ellas en los periódicos, y eso marca una gran diferencia, no importa cómo se miren las cosas”.

¿Verdaderamente? Bien, si se miran las cosas sin prejuicios, con absoluta honestidad, ustedes tienen que reconocer que esa idea es injusta.

En realidad, ustedes y yo estamos juntos en esto. Si un viejo amigo sirve de jurado y encuentra culpable a un asesino, ustedes no le cierran la puerta en las narices, ¿verdad? Más aún: si logran ser presentados al juez que sentencia a un asesino a la silla eléctrica, ustedes se enorgullecen de

ello, ¿no es verdad? Se sentirían honrados de tenerlo sentado a su mesa, y les gustaría que la demás gente se enterara de ello.

Y si pueden complacerse en la amistad del jurado que condena y del juez que sentencia, ¿cuál es el problema con el hombre que opera el interruptor? Él ha concluido el trabajo que ustedes querían que se llevara a cabo, y ha hecho del mundo un lugar más vivible. ¿Por qué tiene que esconderse en un rincón oscuro hasta la próxima vez que lo necesiten?

No se puede negar que casi todo el mundo siente que él debería mantenerse aparte, y tampoco se puede negar que eso es muy cruel para alguien en mi posición. Si me permiten una palabra fuerte, es una conducta miserable contratar a un hombre para una tarea ingrata y luego despreciarlo por ello. Es una hipocresía difícil de soportar.

¿Cómo me las he arreglado ante esto? De la única manera posible –manteniendo guardado mi secreto sin ceder nunca a la tentación de dejarlo conocer. No me gusta actuar así, pero tampoco soy tonto.

El problema es que soy por naturaleza una persona descomplicada y amistosa. Me gusta la gente, y deseo gustarle a la gente. En las reuniones de la Logia o en la sede del campo de golf estoy siempre en el centro de la concurrencia. Si en tales momentos abriera la boca y dejara escapar mi secreto, causaría cinco minutos de sensación, y después

un lento enfriamiento en derredor mío. Ello significaría el fin de mi vida social en todos los lugares, la clase de vida que me gusta llevar, y ninguna persona en sus cabales va a echar su vida por la borda sólo para causar cinco minutos de sensación.

Como pueden ver, he pensado el asunto largamente. Más aún, no han sido cavilaciones ociosas. No pretendo ser un hombre educado, pero me gusta leer libros sobre cualquier tema que me interese, y el tema de las ejecuciones ha sido uno de mis principales intereses desde que entré en el oficio. Hago que me envíen los libros a la tienda, donde nadie toma nota del correo que llega, y los mantengo encerrados en un cajón en mi oficina, donde puedo leerlos en privado.

Me choca tener que actuar de esta manera –a mi edad odio sentirme como un muchacho que se oculta para mirar revistas pornográficas– pero no tengo opción. Aparte del director de la prisión y de una pareja de bien seleccionados carceleros, no hay un alma en el mundo que sepa que yo soy la única persona que maneja el interruptor en las ejecuciones, y hago lo posible por mantener así las cosas.

Oh, sí, ahora mi hijo lo sabe. Bueno, es un muchacho difícil en cierta forma, pero no tiene nada de tonto. Si no hubiera estado seguro de que él mantendría la boca cerrada, no se lo hubiera dicho.

¿He aprendido algo en esos libros? Por lo menos lo suficiente para sentirme orgulloso de lo que hago en favor del estado y de la manera en que lo hago. Por lejos que uno se remonte en el pasado histórico, siempre va a encontrar verdugos. El día que los hombres hicieron por primera vez leyes para tratar de mantener la paz entre ellos fue el día en que nació el verdugo. Siempre ha habido violadores de la ley; siempre debe haber modo de castigarlos. Así de simple.

El problema es que actualmente hay mucha gente que no desea que el asunto sea así de simple. Yo no soy ningún fanático, no soy uno de esos espíritus estrechos que creen que todo aquel que muestra un impulso generoso es una especie de chiflado. Con todo y ello, pienso que los generosos pueden estar equivocados. Incluyo entre estos a las personas que se oponen a la pena de muerte. Son ciudadanos excelentes y altruistas que nunca en la vida han estado suficientemente cerca de un asesino o violador para oler el mal que lleva adentro. En realidad, son tan buenos y tan altruistas que no se les ocurre que alguien pueda ser distinto a ellos. El que comete un asesinato o una violación, dicen, no es más que un ser humano común y corriente que ha sufrido una especie de maleficio. No es un criminal, dicen, sino sólo un enfermo. No necesita la silla eléctrica; lo que necesita es un viejo y amable doctor que le examine la cabeza y apriete algunas tuercas en su cerebro.

De hecho, afirman que el criminal como tal no existe en absoluto. Todo lo que hay es gente sana y gente enferma, y los enfermos requieren nuestros cuidados y consideraciones. Si ocurre que asesinen o violen a algunos de los sanos, simplemente hay que acudir al médico.

Ese es todo el argumento, y yo soy el último en negar que está inspirado en honestos sentimientos de caridad y en las mejores intenciones. Pero es un argumento equivocado. Omite el hecho que más importa. Cuando alguien comete un asesinato o una violación deja de pertenecer a la raza humana. Un ser humano tiene un cerebro y un alma recibida de Dios para controlar su naturaleza animal. Cuando el animal que hay en él lo domina, ya no es más un ser humano. Entonces debe ser exterminado como cualquier animal que se desata en furia en medio de personas inermes. Y mi obligación es ser el exterminador.

Es posible que la gente no entienda ya el significado de la palabra *obligación*. No quiero parecer anticuado, válgame Dios, pero cuando yo era muchacho las cosas eran más rectas y claras. Uno aprendía a diferenciar el bien del mal, uno aprendía a hacer lo que debía hacerse, y uno no se hacía preguntas a cada paso. O si uno hacía preguntas, las únicas que importaban eran *cómo* y *cuándo*.



Después vino la psicología, junto con los profesores, y la principal cuestión fue entonces *por qué*. Pregúntese usted *por qué, por qué, por qué* cada vez que vaya a hacer algo, y terminará no haciendo nada. Espere que pasen un par de generaciones, y tendrá al final una raza de seres subidos en los árboles como monos, rascándose las cabezas.

¿Suenan exagerado? Bien, no lo es. La vida es una cosa complicada. Durante toda su vida un hombre se encuentra en numerosas y variadas situaciones, y la manera de manejarlas es viviendo según las normas. Pregúntese *por qué* a cada paso, y puede entrar en tal confusión que usted se hunde. La vida debe continuar. ¿Por qué? Mujeres y niños primero. ¿Por qué? Mi país, con razón o sin ella. ¿Por qué? Su deber deja de importarle. Simplemente siga preguntándose *por qué* y llegará el momento en que es demasiado tarde para remediarlo.

Cuando empecé a ir a la escuela mi padre me regaló un collie cachorro llamado Rex. Unos años después Rex se volvió de repente inamistoso, como sucede a veces con los perros, y después agresivo, y después un día mordió a mi madre cuando ella lo palmoteó amistosamente.

El día siguiente vi a mi padre salir de casa con su escopeta y con Rex cogido por un lazo. No era la época de caza, así que supe lo que iba a pasarle a Rex y comprendí por qué. Pero es excusable en un niño que haga preguntas

que un adulto debería ser suficientemente perspicaz para no hacerlas.

“¿Adónde llevas a Rex?”, pregunté a mi padre. “Qué vas a hacerle?”

“Lo voy a llevar a las afueras” dijo mi padre. “Lo voy a matar”.

“Pero por qué?”, dije, y fue entonces cuando mi padre me hizo ver que hay sólo una respuesta para esa pregunta.

“Por lo que hizo”, dijo.

Nunca olvidé esa lección. Fue duro; durante un tiempo odié a mi padre por ello, pero cuando crecí llegué a ver cuánta razón tenía.

Ambos sabíamos por qué había que matar al perro. Más allá de eso, las preguntas no conducían a ninguna parte. Por qué el perro se había vuelto feroz, por qué Dios había puesto un perro sobre la tierra para que recibiera la muerte de esa manera –esas son preguntas que uno podría hacerse vanamente hasta el fin de los tiempos y entre tanto continúa viviendo con un perro salvaje.

Es extraño mirar hacia atrás y darse cuenta de que, cuando ocurrió lo del perro, y mucho antes y mucho después de eso, mi padre era un electrocutor, y yo no lo sabía. Nadie lo sabía, ni siquiera mi madre. Unas pocas veces al año mi padre empacaba su maleta y unos pocos implementos y se ausentaba durante un par de días, pero eso era todo lo que

sabíamos. Si uno le preguntaba adónde iba, simplemente decía que tenía un trabajo que hacer en otra ciudad. No era un hombre que se prestara a sospechas de borracheras solitarias o de ir con mujeres, así que nadie pensaba más en el asunto.

Sucedió igual en mi caso. Me di cuenta de ello cuando finalmente le dije a mi hijo lo que yo había estado haciendo en esos trabajos fuera del pueblo, y que había recibido permiso del director de la prisión para llevarlo a él como asistente y entrenarlo para manejar la silla cuando me retirara. Por la manera en que lo tomó puedo decir que quedó tan estupefacto como yo había quedado treinta años atrás cuando mi padre me hizo la misma confidencia.

“¿Electrocutador?”, dijo mi hijo. “¿Un *electrocutador*?”

“Bueno, no hay ningún mal en eso”, dije. “Y puesto que tiene que hacerse, y alguien tiene que hacerlo, ¿por qué no conservar ese trabajo en la familia? Si estuvieras informado al respecto, sabrías que la de verdugo es una profesión que se mantiene dentro de una familia de generación en generación. ¿Qué hay de malo con una honesta, sólida tradición? Si más gente creyera en la tradición no tendríamos todos los males que hoy azotan al mundo”.

Era la clase de argumentos que habrían sido más que suficientes para convencerme a mí cuando tenía su edad.

Lo que yo no había tenido en cuenta era que mi hijo no se parecía a mí tanto como yo lo hubiera deseado. Era un hombre hecho y derecho, es verdad, pero no para asumir sus responsabilidades. Yo siempre lo había observado de cerca, y siempre lo había visto como yo deseaba que él fuera y no como realmente era.

Cuando dejó la universidad después de un año, yo dije okey, hay gente que no está hecha para la universidad, yo nunca estuve en ella, así que no importa. Cuando empezó a salir con una muchacha tras otra sin que se decidiera a casarse con ninguna de ellas, yo dije, bien, es joven, se está dando gusto, ya vendrá la hora en que esté listo para asumir las obligaciones de una casa y una familia. Cuando en la tienda se sentaba a soñar en lugar de atender el negocio, nunca armé un problema por eso. Sabía que cuando se ponía en ello era tan buen electricista como pudiera desearse, y en estos muelles tiempos la gente puede ser más soñadora y menos diligente de lo que se acostumbraba antes.

En realidad, la única cosa que a mí me importaba era ser su amigo. A pesar de todos sus defectos era un muchacho de agradable apariencia y buena disposición. No le gustaba mezclarse con la gente, pero cuando se lo proponía conquistaba la amistad de cualquiera. Y, mientras él crecía, en el fondo de mi mente estaba la idea de que era el único que algún día conocería mi secreto, y lo compartiría conmigo,

y me lo haría más llevadero. Yo no soy reservado por naturaleza. Un hombre como yo, para sostenerse, necesita pensar que algún día compartirá con alguien su secreto.

Cuando llegó el día en que se lo dije sacudió la cabeza y dijo que no. Para mí fue un verdadero golpe. Discutí con él y siguió diciendo que no, y perdí los estribos.

“Estás contra la pena capital?”, le pregunté. “Si ese es el caso, no tienes necesidad de excusarte. No voy a pensar mal de ti si esa es tu única razón”.

“No lo sé”, dijo.

“Bien, debes decidirte a favor o en contra”, le dije. “Me chocaría pensar que eres como todos esos hipócritas que dicen que está bien condenar a un hombre a la silla eléctrica pero que está mal oprimir el botón”.

“¿Tienes que ser tú el que oprima el botón?”, dijo. “¿Tú?”

“Alguien tiene que hacerlo. Siempre tiene que haber alguien que haga el trabajo sucio en favor del resto de nosotros. No es como en los tiempos del Antiguo Testamento cuando todos tenían que hacerlo. ¿Sabes cómo ejecutaban a un hombre en esos tiempos? Lo ataban de pies y manos en el suelo, y todos y cada uno alrededor tenían que arrojarle piedras hasta aplastarlo. Nadie podía quedarse parado mirando. Tú no hubieras tenido muchas opciones entonces, ¿no te parece?”

“No sé”, dijo. Y entonces, como era tan inteligente y sabía replicar empleando las mismas referencias de su interlocutor, agregó, “Después de todo, yo no estoy libre de pecado”.

“No hables como un niño”, dije. “Tú estás libre del pecado de asesinato y de toda clase de pecados castigables con la pena capital. Y si estás tan seguro de que la Biblia tiene todas las respuestas, podrías recordar que debes darle al César lo que es del César”.

“Bueno”, dijo, “en ese caso que seas tú el que se lo dé”.

Supe entonces y por la manera como lo dijo y como me miró que era inútil tratar de discutir con él. Lo peor de todo era saber que nos habíamos distanciado y que nunca más volveríamos a estar cerca. Yo debería haber tenido el buen sentido de dejar las cosas allí. Le debí haber dicho que se olvidara por completo del asunto y que mantuviera la boca cerrada al respecto.

Quizás si yo hubiera considerado antes la posibilidad de su negativa, habría sido capaz de actuar como he dicho. Pero como su respuesta me cogió por sorpresa, quedé fuera de balance, y estaba demasiado exaltado para pensar correctamente. Ahora lo reconozco. Fue mi culpa haber dicho las cosas que lo llevaron a hacer la única pregunta que nunca debería haber hecho.

“Ya veo”, le dije. “Es la historia de siempre, ¿no es cierto? Dejemos que otro lo haga. Pero si sacan un número de un

sombrero y te escogen para servir de jurado y enviar a un hombre a la silla, eso te parece bien. Al menos, eso está bien mientras haya otro que haga el trabajo que tú, y el juez, y todo ciudadano decente desean que se haga. La tienda es el lugar que te corresponde. Allí puedes ser simpático y sentirte cómodo, haciendo instalaciones y manejando la caja registradora. Yo no necesito tu ayuda para cumplir con mi deber”.

Me dolió decirlo. Nunca le había hablado así antes, y fue doloroso. Lo extraño fue que no pareció molestarse; sólo me miró, desconcertado.

“¿Es todo lo que representa para ti? Un deber?”

“Sí”.

“Pero te pagan por eso, ¿no es verdad?”

“Apenas lo suficiente”.

Me siguió mirando de la misma manera. “¿Sólo un deber?”, dijo, sin apartar los ojos de mí. “Pero lo gozas, ¿no es verdad?”

Esa fue la pregunta que me hizo.

*Lo gozas, ¿no es verdad?* A través de una mirilla en la pared, estás allí parado observando la silla. En los últimos treinta años he estado más de cien veces ante esa mirilla. Los guardias traen a alguien. Usualmente está aturdido; a veces grita, se contorsiona y forcejea. Algunas veces es una mujer, y una mujer puede ser tan difícil de controlar como

un hombre cuando es conducida a la silla. Tarde o temprano, sea el que sea acaba amarrado a la silla y con una capucha negra en la cabeza. Ahora tienes tu mano en el interruptor.

El director de la prisión hace una seña, y oprimes el interruptor. El corrientazo golpea el cuerpo como si una ráfaga tremenda de aire lo penetrara de repente. El cuerpo se eleva de la silla hasta donde lo permiten las amarras. La cabeza se sacude, y una espiral de humo sale de ella. Sueltas el interruptor y el cuerpo vuelve a bajar.

Aprietas una vez más, lo haces una tercera vez para estar seguro. Y cada vez que tu mano oprime el interruptor puedes ver mentalmente lo que está haciendo la corriente en ese cuerpo y la apariencia que debe tener el rostro bajo la capucha.

Esa fue la pregunta que me hizo mi hijo. Eso fue lo que me dijo, como si yo no tuviera en lo más profundo de mi ser los mismos sentimientos que tenemos todos los humanos.

¿Gozarlo?

Pero, Dios mío, ¿cómo es posible *no* gozarlo?

(Publicado originalmente en *Ellery Queen's Mystery Magazine* –1962– con el título “The Question My Son Asked”. Incluido en antologías como *The Speciality of the House* –1979).